

Álex Herrero

Somos lengua



Prólogo de Mar Abad

Porque nosotros
transformamos la lengua
y la lengua transforma
la realidad



Epílogo de Lola Pons

Álex Herrero

Somos lengua

Porque nosotros transformamos la lengua
y la lengua transforma la realidad

Prólogo de Mar Abad

Epílogo de Lola Pons

© Álex Herrero, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-233-6345-2

Depósito legal: B. 8.168-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo, por Mar Abad	13
Introducción	15
La lengua no sirve para nada	15
Declaración de intenciones	17
Y al principio fue la lengua	19
Palabras lloradas	19
Divina y maldita lengua	20
En busca de la lengua madre	23
El diccionario de la naturaleza	25
<i>Homo loquens</i>	27
Lengua madre no hay más que una	29
Las lenguas del mundo	29
La lengua materna	33
Las lenguas pidgin	35
Lenguas artificiales	36
El solresol	37
El esperanto	37
El nacer de una nueva lengua	41
Madre, hermana o prima de más de casi seiscientos millones de hablantes	41
La tierra de los conejos	42
Una misma lengua para todos	43

La historia con el latín no acaba aquí	44
El español cruza el charco	47
El español neutro	49
Otras lenguas en busca del español	52
La rebelión de las letras	53
Grandes problemas de la ortografía	53
La <i>b</i> y la <i>v</i>	55
La misteriosa <i>h</i> muda que suena	56
La guerra con la <i>g</i> y la <i>j</i> de Juan Ramón Jiménez	58
Pq scrbs así: el lenguaje SMS y la ciberescritura	61
Kultura y okupa	65
Nosotros hablamos, nosotros decidimos	69
El español de hoy no es el español de antes	69
La tilde del <i>sólo</i>	76
¿Quién manda en la lengua?	78
Cambios lingüísticos en directo	81
Extranjerismos, os recibimos con alegría	84
Castellano.com	95
La irrupción de internet	95
Memes, GIF y emojis: la lengua no son solo letras y sonidos	98
Los memes	99
Los GIF	102
Los emojis y los emoticonos	104
El futuro del español: la inteligencia artificial (IA)	109
La lengua y la realidad	113
¿Todo debe tener un nombre?	113
De la ensaladilla nacional al golphismo: lengua y política	120
El arte del insulto en español	125
Hablemos de eufemismos	129
Lengua y salud: la lucha que nadie elige	131
Cuestión de género	133
Lengua y género	133

El origen de los géneros	133
El pensamiento inclusivo	138
El lenguaje inclusivo	141
La lengua y el lenguaje LGTBIQ+	146
Defensores del español	151
La Real Academia Española (RAE)	151
La Fundación del Español Urgente (Fundéu)	154
Los propios hablantes	157
Sobre los diccionarios y cinco cosas que no sabías	
de tu idioma	159
Cómo funcionan los diccionarios	159
¿Y tú de quién eres?	162
Cuando nos pasamos corrigiendo:	
la ultracorrección	164
Las redundancias	166
El terror llega a la lengua	168
La enantiosemia	170
A modo de conclusión	173
Epílogo, por Lola Pons	175
Agradecimientos	179
Bibliografía	181

Y AL PRINCIPIO FUE LA LENGUA

PALABRAS LLORADAS

Desde bien temprano, prácticamente desde que nacemos, empezamos a interactuar con el mundo. Nada más salir del útero, quien atiende el parto nos coloca boca abajo y con un ligero golpe se encarga de que hinchemos los pulmones, empecemos a respirar de forma autónoma y... de que nos comuniquemos. En ese caso, para hacerle saber a todo el personal médico que no nos ha gustado su gesto, que el mundo que se presenta ante nuestros ojos es un sitio desconocido y hostil y que queremos volver a sentir el calor y la protección de los que disfrutábamos escasos minutos antes.

Hasta hace poco no se tenía claro que el llanto descontrolado de los bebés fuese una primera manifestación de lengua; sin embargo, se ha demostrado que es el primer recurso del que disponemos para interactuar con los de nuestra especie y que, curiosamente, varía en función de nuestra lengua materna. Por lo tanto, aunque no podemos hablar de *lengua* en sentido estricto, sí podemos concluir que sería un *intento* de lengua.

DIVINA Y MALDITA LENGUA

Cuál es el origen de las lenguas (o de la lengua) es una pregunta que ha traído de cabeza a la humanidad desde el principio de los tiempos, y para la que lamentablemente seguimos sin tener una única respuesta.

Si pudiéramos viajar en el tiempo y desplazarnos miles de años atrás, seguramente ahora estaríamos sentados alrededor del fuego, arropados por nuestra tribu o nuestro pueblo, y escuchando (o contando nosotros mismos) muchos de los mitos o fábulas que conociéramos sobre nuestros orígenes. Y ahí entrarían también fantásticas explicaciones de cómo el lenguaje llegó a nosotros. Los mitos, las leyendas fueron las primeras teorías de cómo nació la lengua. Porque nadie puede negar que hay algo mágico o sobrenatural en esto del lenguaje.

Por ejemplo, en culturas como la guaraní, el mito más extendido sobre los orígenes de esta capacidad oral de comunicarnos nos presenta a un creador que, antes de fundar el mundo, deposita en él distintos atributos, entre ellos el idioma. Y algo similar sucede con mitos polinesios, bantúes y egipcios, en los que, salvando las peculiaridades de cada uno, la creación del universo siempre va después de las primeras palabras pronunciadas. Es decir, la lengua rompe una eternidad en silencio y da vida y orden a las cosas.

Los europeos que nos hemos educado en la tradición judeocristiana también tenemos (y conocemos de sobra) nuestra propia versión: el verbo, o lengua, aparece como un signo del poder creador y se hace carne; es decir, a grandes rasgos, afirma que todas las cosas surgen de las palabras: Dios hace el mundo nombrándolo y, en un acto de generosidad, e incluso como vínculo con la naturaleza espiritual, otorga a Adán y a Eva el superpoder de nombrar las cosas.

Los recogidos son solo unos pocos ejemplos, pero hay muchos más. Esta forma de entender el poder de la lengua está presente en muchas culturas e incluso ritos. El nombre que asignamos a las cosas es una forma de situarlas en el mundo o representa la posibilidad de influir sobre él. Una demostración clara de ello es el hecho, por ejemplo, de que muchas personas, especialmente las creyentes, se nieguen a decir el nombre de un fallecido. O que, en cuanto conocen la muerte de alguien, suelten como alma que lleva el diablo un apesadumbrado «que en paz descanse», no vaya a ser que desde el más acá removamos el más allá. Es la misma razón que explicaría, en el caso del catolicismo, que lo primero que se hace con un bebé (además de obligarlo a pasar por la vergüenza de plantarle un traje espantoso, a menudo cosido por alguna de las orgullosas abuelas) es bautizarlo y ponerle un nombre, eso que llamamos *nombre de pila*, para que, además de hacerle un hueco en el cielo, todo el mundo pueda identificarlo y darle una entidad. Como si no existiese hasta que no lo recibe. También, quién sabe, quizá con la intención de evitar que alguien pueda nombrar a la criatura por algún mote poco agradable. Y no es algo exclusivo del catolicismo, una intención parecida parece mover a los funcionarios del registro civil, quienes se encargan de inventariar la vida y la muerte de las personas incorporando o retirando nombres.

En resumen: en los principales mitos, la lengua es algo bueno y pertenece a lo sagrado. Pero no ocurre lo mismo con la variedad de lenguas. En este caso, se ha interpretado en muchas civilizaciones justo de la manera contraria: como un castigo. Para muestra, vayan aquí unos cuantos botones.

La primera interpretación la da la que probablemente sea la fábula sobre el origen de la multitud de lenguas que más se ha extendido por Europa y Oriente Medio: la de la torre de Babel.

Tras el diluvio universal, los descendientes de Noé osaron desafiar la grandeza de Dios construyendo una torre que llegara hasta el cielo y, de esta forma, alcanzar una fama que eclipsara al Creador. Entonces el Altísimo, al ver que podían lograr hacer «cualquier cosa que se propusieran», decidió sumar al único idioma que había hasta entonces unos cuantos más y repartirlos entre los soberbios humanos que osaban desafiarlo. El objetivo era que no se entendieran entre ellos y así frustrar sus planes.

Una historia muy parecida se cuenta en los países asiáticos. En este caso, cambiamos la torre por el árbol del mundo, y la soberbia humana por la de la flora. Según la versión popular, este majestuoso árbol, que cobijaba bajo sus ramas a la humanidad entera, decidió crecer tanto que a punto estaba de llegar al cielo. Sin embargo, como a Dios no le gustaba la grandeza que había alcanzado la planta, cortó sus ramas y las dispersó por el mundo, diseminando con ello a las personas en los distintos continentes y provocando la aparición de nuevas lenguas.

En Australia la teoría cambia ligeramente, y el relato se vuelve algo más truculento. Allí se presenta a una mujer llamada Wurriri, quien se dedicaba a prender fuego por las noches a aquellos que dormían (que ya es tener mala baba). Cuando Wurriri murió, el pueblo empezó a devorar su cuerpo, a modo de venganza. Como resultado, cada miembro de la tribu que había comido la carne de la incendiaria empezó a hablar su propio idioma y a dispersarse por la Tierra.

Queda claro que, salvo algunos mitos aztecas, donde representan al dios de la lengua, pocas culturas consideran la variedad lingüística como algo bueno y enriquecedor.

EN BUSCA DE LA LENGUA MADRE

Uno de los primeros experimentos que se llevaron a cabo para buscar la lengua primigenia data del siglo VII a. C.

Según Heródoto, el faraón Samético I ordenó separar de sus respectivas familias a dos bebés recién nacidos que confió a un pastor, al que le dio la orden de que los criara aislados y anotara sus primeras palabras, libres de la influencia de cualquier lengua. En los dos casos, aquella primera palabra fue *becos*, que significa ‘pan’ en frigio. Visto el resultado, el faraón y su séquito de sabios consideraron esta lengua como la primigenia de la humanidad.

Para los hebreos, la lengua original era la de Adán y Eva, es decir, la suya; más adelante Dante dio por buena esta teoría en *De vulgari eloquentia*. Esto explicaría que, muchos siglos después, distintos exploradores, como fue el caso de Cristóbal Colón y Hernán Cortés, llevaran en sus expediciones, o hicieran enviar más tarde, a intérpretes de hebreo para traducir la lengua de los pueblos que encontraran en sus travesías. Por supuesto, no sirvió para nada.

Estas teorías sobre el origen de la lengua madre se vuelven más insostenibles a medida que intentamos retroceder en el tiempo. Y tantas vueltas se le dio al tema de tratar de averiguar cuál fue la lengua original, que la Sociedad Lingüística de París, en 1866, harta de que se perdiera el tiempo con semejantes cosas, prohibió presentar ponencias sobre esta cuestión.

Sin embargo, en este siglo XXI, gracias a los avances de la lingüística, la arqueología, la genética y las ciencias cognitivas, en especial, parece que el tema vuelve a despertar interés y se atisba algo de luz al final del túnel. Actualmente, conviven dos grandes hipótesis.

La primera es la que considera que de una única lengua surgieron las demás.

Expertos lingüistas como Shveroshkin, Blazech y Ruhlen llegan a la conclusión de que las lenguas habladas hace más de cien mil años son igual de complejas (si no más) que las que hablamos hoy, y que de un antiquísimo idioma nacido en África hace aproximadamente ciento treinta mil años, y gracias a las distintas migraciones, surgieron variantes que dieron lugar a otras lenguas.

La segunda hipótesis plantea la aparición de varios idiomas primigenios que no tenían nada que ver los unos con los otros. Este es, en parte, el campo de estudio de figuras tan importantes como Noam Chomsky y Steven Pinker.

Chomsky habla de una gramática universal. Esta hipótesis es la que goza de mayor aceptación hoy día. Sin embargo, Daniel L. Everett pone contra las cuerdas su teoría, pues el idioma piraha, hablado por una tribu del Amazonas, solo tiene como tiempo verbal el presente y no dispone de subordinación, es decir, no puede crear un número ilimitado de oraciones.

Según esta teoría, los seres humanos tenemos una predisposición natural, de fábrica, para el lenguaje; y solo el cerebro humano, sin importar su inteligencia, contiene un *programa* que puede construir una cantidad ilimitada de frases con un grupo de palabras.

Esta capacidad se reconoce fácilmente en los bebés, cuyo vocabulario, a partir del año y medio, crece rapidísimo, a un ritmo mínimo de una palabra por cada dos horas que está despierto. A medida que pasan los años, se van introduciendo estructuras y combinaciones cada vez más complejas hasta que se alcanza la pubertad. Según los especialistas, a los cinco años un niño domina su lengua de una forma que difícilmente podría hacerlo un adulto extranjero.

CURIOSIDAD

La sílaba *ma* se considera una de las más fáciles de emitir y por eso está presente casi de forma universal para decir *mamá* (*ma* en chino, *mat* en ruso, *mamma* en italiano, *mom* en inglés, *ama* en vasco, *man* en hindi...).

Sin embargo, a pesar de que los humanos tenemos teóricamente esa predisposición para el lenguaje, necesitamos un aporte mínimo de datos de las personas que nos rodean, que resultan indispensables para activar ese mecanismo de aprendizaje de un idioma.

El 4 de noviembre de 1970, las autoridades californianas dieron con el caso de una niña salvaje, es decir, una persona que ha vivido al margen de la civilización durante gran parte de su infancia, como Mowgli, el de *El libro de la selva*, a la que llamaron Genie. La niña había vivido aislada en una habitación de su casa y bajo la prohibición de emitir cualquier sonido hasta los trece años. Al ser liberada, solo fue capaz de aprender palabras sueltas —las primeras que pronunció fueron *basta* y *no*, para que nos hagamos una idea de la situación— y lengua de signos.

EL DICCIONARIO DE LA NATURALEZA

Cuando hablamos de lengua, estamos acostumbrados a referirnos a las lenguas humanas, a situarnos en el centro del universo, como hicimos en el Renacimiento y hacemos ahora en las redes sociales. Y se nos olvida que otros seres también tienen sus propias formas de comunicarse.

La comunicación entre animales, como los pájaros, las ballenas y los perros, es un fenómeno estudiado desde hace siglos.

Uno de los ejemplos más conocidos es el lenguaje de las abejas. Karl von Frisch observó que las exploradoras informaban al resto de dónde había comida a través de movimientos del abdomen y desplazamientos en círculo. Descubrió que había dos tipos de danza: en círculo y de la cola. La primera sirve para avisar de que la fuente de alimentación está a menos de cincuenta metros de la colmena; la segunda, la dirección en la que está la comida y también la distancia. En la danza de la cola, la amplitud de los movimientos está relacionada directamente con la distancia: cuanto más lejos esté la fuente, más amplio será el movimiento.

Por su parte, los cercopitecos verdes, un tipo de primate que vive en el África subsahariana, son capaces de distinguir una decena de conceptos y alrededor de cien órdenes distintas. Además, emiten diversas señales para alertar al resto de posibles amenazas y son capaces de discriminar entre peligros mayores, como la presencia de humanos, y menores, como serpientes. Todas las señales son diferentes y cada una provoca en el resto de la manada una respuesta concreta. Por ejemplo, trepan a un árbol o suben más arriba si ven un leopardo; se ocultan en los arbustos si un águila merodea por la zona; se yerguen sobre dos patas o golpean el suelo para ahuyentar serpientes...

CURIOSIDAD

Quienes no quieran pisar el campo, sumergirse en las profundidades del océano o visitar el África reconocerán el lenguaje animal en entornos más habituales e incluso en sus propias casas.

No hace falta ser César Millán, el famoso encantador de perros, para saber que si un can, ante la presencia de otro, se tumba panza arriba, lo está invitando a acercarse, o que si un gato, cuando ve a otro, arquea la espalda y empieza a bufar, significa que habrá movida.

HOMO LOQUENS

Es cierto que en varios casos el lenguaje de los humanos puede guardar una relación estrecha con el de los animales. Podríamos decir que, en cuestiones de entonación y pronunciación, tanto seres humanos como animales usamos los tonos agudos para quejarnos de dolor y los graves cuando estamos enfadados. Por otro lado, algunas especies emplean una sintaxis básica —aunque muy rudimentaria—; es decir, son capaces de expresar una situación si se les ha enseñado a hacerlo sistemáticamente, y también disponen de un vocabulario.

Otra similitud que guarda el lenguaje animal con el humano es que ellos y nosotros somos capaces de manipular la información o mentir: en el caso de los animales, fingen tener las alas rotas para alejar a sus depredadores, emiten falsas alarmas a un miembro de su especie para proteger su fuente de alimento e incluso se hacen los muertos.

Sin embargo, el lenguaje humano es único por tres cuestiones fundamentales.

La primera: los seres humanos somos capaces de crear construcciones más complejas a partir de piezas muy pequeñas de sonidos que, aislados, no tendrían ningún significado. Si combinamos las letras *a*, *m*, *o*, *r*, obtenemos una palabra tan simple como *amor*, que a su vez puede incluirse en una estructura más compleja, como una frase, o formar otras palabras.

La segunda: a diferencia de los animales, los humanos tenemos la capacidad de producir e interpretar mensajes, aunque no se hayan pronunciado antes. Por lo tanto, podemos crear nuevas palabras o frases siguiendo una serie de normas establecidas, es decir, siguiendo una gramática. En definitiva, podemos afirmar que la humanidad guarda el universo en su lengua.

La tercera: al contrario que los animales, nuestro lenguaje es sumamente flexible, y una buena muestra de ello es que nos permite alterar o renegociar los significados en función del contexto, de la época en la que nos encontremos... y, por supuesto, de la situación que nos afecte. Es decir, puede que una palabra que hasta un momento determinado tuviera un único significado adopte otros nuevos (por ejemplo: si estuviéramos en el siglo XIX, la palabra *ratón* tendría un único sentido, igual que el verbo *navegar*). Incluso el tono con el que se diga la palabra puede indicar que se quiere transmitir justo lo contrario, como sucede con la ironía. Benditos sean los emojis en este siglo XXI para matizar con qué sentido estamos llamando *tonto* a alguien.

CURIOSIDAD

Esta capacidad de renegociación se ve muy clara en las matemáticas y en la lógica simbólica, donde los especialistas se ven forzados a prescindir de palabras y a construir sus pensamientos con ayuda de símbolos que, cada uno en sí mismo, tienen un único sentido.